



Carlos Martí Arís:
pensamiento y arquitectura

Edición a cargo de
Daniel García-Escudero
y Berta Bardí-Milà



la cimbra 21

DANIEL GARCÍA-ESCUADERO Y BERTA BARDÍ-MILÀ (EDS.)

Carlos Martí Arís: pensamiento y arquitectura

Fundación Arquia, Colección La Cimbra, Madrid, 2024, 192 pp. Tapa blanda. 21 €

Idioma: español

ISBN: 978-84-125906-8-5

ARTURO FREDIANI

Universitat Rovira i Virgili
frediani@coac.net

Un buen arquitecto bueno

El pasado 27 de enero se presentaba en el Colegio de Arquitectos de Catalunya el libro de la colección La Cimbra, *Carlos Martí Arís: pensamiento y arquitectura*. Entre el público los autores, amigos y ex-alumnos. Cabellos grises y blancos, exceptuando los de tres o cuatro asistentes y los de los editores, Berta Bardí-Milà y Daniel García-Escudero.

El legado de Carlos Martí, uno de los más clarividentes teóricos de la arquitectura españoles, parece no haber llegado apenas a los más jóvenes. Distinguir cuándo un profesor habla de prestado o presenta su propia visión de las cosas no ha sido nunca un ejercicio fácil para el alumnado. Si, además, presenta sus ideas con la cautela y el cuidado de un filósofo, su audiencia estará obligada a realizar una escucha activa, que, por la sobreexposición informativa que experimentamos, se practica cada vez menos.

Hay, sin duda, otras maneras más impactantes de seducir a la audiencia. Hace dos años invitamos a Erik Harley a dar una conferencia en la EAR. La sala llena a rebosar —y hasta algunos padres— reían entregados el relato ‘pormishuevista’ del *influencer*, que hizo su-

ros, sin citarlos y según los iba recalentando al microondas, pasajes de algunos libros ajenos como *La España Fea*, de Andrés Rubio, *Queríamos un Calatrava*, de Llätzer Moix y *La España de las Piscinas*, de Dioni López.

Carlos Martí, en cambio, fue uno de esos profesores que, más que ofrecerte un entretenimiento ligero, procuraba compartir contigo la emoción que se siente cuando la obstinación por entender las cosas produce algunos de sus escasos y preciados frutos. Era, por tanto, un profesor que se ofrecía desinteresadamente a su audiencia porque, como escribe Rafael Díez en el epílogo, “las virtudes que se le atribuyen a Carlos Martí son las características [...] del conocimiento científico —o deberían serlo—. Principalmente modestia, porque todo saber ha de aceptar su provisionalidad, por su necesidad de estar siempre abierto a que nuevos conocimientos pongan a prueba lo ya establecido.”

Su proverbial claridad en la exposición, unida a la recompensa inherente a la exploración, suscitaban, al tiempo, el afecto de los alumnos más despiertos y la envidia, casi siempre sana, de los colegas más perspicaces, algo que queda patente en el nuevo libro de Arquia, una publicación coral que pretende convertirse en un reconocimiento cualificado a una de las figuras más importantes y sigilosas de la arquitectura de las últimas décadas, y en una urgente recomendación dirigida a las nuevas generaciones.

La presentación de los editores nos sitúa eficazmente a Carlos Martí en su contexto espacio-temporal, ofrece imprescindibles claves biográficas y nos ayuda a navegar por los escritos del libro con la mirada fijada en el horizonte. Inmediatamente salen a colación las cualidades del homenajeado: su honestidad y generosidad, dos valores que han dejado de cotizar en bolsa, pero que quizá sigan siendo imprescindibles para remendar, si todavía ello es posible, los rotos de este mundo. Y es que Carlos Martí fue, además de un buen arquitecto, un arquitecto bueno.

Entre la presentación y hasta la página 50 encontramos la verdadera joya del volumen, tres textos inéditos de Martí escritos con sendas parejas de baile, un pasodoble con Josep Quetglas, un tango con Victor Brosa y un vals con Elisa Valero. Conocemos, así, con más de 40 años de retraso la respuesta de Martí a un ya conocido texto de Quetglas, en la que se diagnostican certeramente varios problemas que, cronificados, todavía aquejan a la mayoría de escuelas de arquitectura, como la falta de articulación del programa docente, el daño que causan aquellos profesores que, por compadres, dimiten de su responsabilidad pedagógica, y la ocasión que se pierde con el divorcio por celos mutuos entre el área de proyectos y la de composición. Conocemos también la propuesta de Martí y Brosa para acabar con dichas carencias mediante un entrenamiento pautado y preciso, pues “tan solo en un dominio técnico sólido y experimentado puede arraigar y crecer una inter-

pretación personal del mundo”. Y accedemos finalmente a un texto también inédito pero más reciente en el que, con la perspectiva de los años, Martí busca la complicidad de Valero en la reivindicación de tres claves esenciales para la enseñanza: la de no reprimir el instinto, dándole generoso cauce, la de convertir al estudiante en un actor responsable, enseñándole con sistema a explorar sus márgenes de libertad y, como Barthes, la de esforzarse por depurar lo que de universal tiene el acto creador, filtrando con un fino colador la borra de lo personal.

El libro prosigue con un fascinante juego de espejos, textos en cuyos fragmentos de azogue vemos reflejada la influencia de Martí en toda una generación de arquitectos catalanes, españoles y europeos, y en dónde nos sorprenden las muecas grotescas que se disimulan en la familiaridad de nuestros propios rasgos. Una veintena larga de textos cortos abundan, así, en facetas del carácter templado y del destino azaroso de Carlos Martí; se acercan al arquitecto desde el ámbito profesional y desde el íntimo, van de los proyectos construidos a la docencia, o abarcan desde los conflictos típicos de la modernidad arquitectónica, al tardo-moderno anhelo de coherencia entre los paisajes material y humano. En esta sección del libro comprendemos, en definitiva, porqué es hoy tan imprescindible releer y hacer leer a Martí, un arquitecto que supo, como pocos, identificar aquello de permanente que realmente define y convierte en necesaria a la arquitectura.

https://doi.org/10.26754/ojs_zarch/zarch.20252411654